

## HACIA UNA ERÓTICA DEL MICROTTEXTO

Lobsang Castañeda<sup>1</sup>

### Resumen

En el artículo se aborda el tema de la literatura microtextual (aforismo, minificción, etc.) desde una perspectiva sensualista. Se ofrecen diversos ejemplos.

### Abstract

In this article we discuss microtextual literature (aforisms, minifictions, etc.) from a sensualist perspective. Several examples listed.

Línea que se eleva del papel a los sentidos: línea desalineada, línea leída. Explosión no sorpresiva (ni tolerada, ni imprevisible, ni angustiante) sino requerida y saboreada por el lector que desalinea la línea; detonante de un algo desconocido y sensual que conmueve (o sea: que se mueve y nos mueve), producto de las hábiles estratagemas del burlador; fulgor que se produce al levantarse la línea hacia nosotros y que logra percibirse en la oscuridad de la noche, cuando el afuera ya está en calma y en silencio; plenitud que nos hace respirar, transpirar, jadear, el microtexto, para despuntar (es decir: para gastar su punta, para embotarse), tiene forzosamente que ser orgásmico. Lo mínimo escrito, para moverse y desalinearse, debe acalambrar y liberar; acelerar el pulso, dilatar las pupilas, destapar los poros; poner en máxima tensión cada músculo e inaugurar, al mismo tiempo, el relajamiento paulatino del organismo.

Lo breve escrito debe ser un mazazo en la cabeza (*sic*), un golpe efervescente y certero que dañe de manera irreparable. Lo breve, cuando escrito, burbujea, produce esferas de aire que suben y revientan enfurecidas; globos, bolas (*sic*), pompas (*sic*) que alivian. El orgasmo de la escritura, cuando breve, es ahogo y desahogo perfectamente concatenados. La exigua línea que tras la lectura se desalinea y emerge del texto va directo a los genitales, produciendo una caricia novedosa y placentera, provocando la respuesta dura o húmeda del lector(a). La desalineación de la línea se da solamente donde hay receptividad y disposición

para la compañía, donde no hay temor, pudor ni remilgo. La línea sube cuando se quiere querer.

Cuando leemos aforismos (u otros microtextos parémicos) o cuentos breves (minificciones) buscamos, como quien dice, el receptáculo que nos *acogerá*. Buscamos el hábitat de la eyaculación y, por lo tanto, la polución misma. Leemos microtextos parémicos o de ficción solicitando la efusión del semen: la triunfante expulsión de la bestia que llevamos dentro. Leemos aforismos o brevísimas ficciones para llegar. Al presentir el estallido (el espasmo, la punzada, la convulsión anunciadora) sabemos que hemos encontrado un oasis inagotable de *placer* literario. Un buen microtexto (parémico o de ficción) nos gusta porque nos excita.

En Elias Canetti, por ejemplo, encontramos delicias psicosomáticas, regodeos que comienzan siempre en la cabeza y terminan en las partes pudendas: “Nada es más grande que el pensar, cuando empieza siempre de nuevo: el salto, el salto, el apartarse de la nada, del punto muerto.”

De Joseph Joubert, por el contrario, podemos extraer sólo encuentros insípidos, *coitus interruptus*: “Ser natural en las artes, es ser sincero” o “Hay una edad en que las fuerzas de nuestro cuerpo se desplazan y se retiran a nuestro espíritu”.

Por su parte, Antonio Porchia nos proporciona instantes de pasión melancólica: “Cada vez que me despierto, comprendo que es fácil ser nada.”

Georg Christoph Lichtenberg es más agudo y sofisticado, más parafilico: “¿Creéis acaso que el buen Dios es católico?” o “Eso que ustedes llaman corazón está bastante más abajo del cuarto botón del chaleco” o “La invención más fácil para el hombre: el paraíso”.

En Pessoa no hay tanta soltura como recato, sólo posiciones convencionales, nada de *doggie style*: “Me duele la cabeza y el universo” o “Me gustaría amar el amar”.

En cambio, Juan Filloy es mucho más sensual y cantarín: “Si no quieres padecer materializa al amor; pues tocante a la mujer lo ‘tocante’ es lo mejor.”

En *Péndulo y otros papeles* Cristóbal Serra, él mismo amante de los microtextos, despliega un erotismo juguetón y perverso: “Me gusta escribir con lápiz y con látigo”.

Y otro español, Carlos Edmundo de Ory, es toda lubricidad festiva, pura cópula al decir: “La gula que estrangula” o “Lo que llaman angustia yo le llamo el coco” o “El hombre está compuesto por 90% de agua... sucia” o “La esencia caliente la conciencia” o “Kierkegaard una tarde borracho sus camaradas lo arrastran a un lupanar”.

Uno de los clásicos, Vauvenargues, se muestra más recatado y simplón como un ósculo infantil: “Los grandes pensamientos proceden del corazón”.

Supongo, entonces, que escribir buenos microtextos (parémicos o de ficción) es como hacer bien el amor. Es decir: no sólo “hacerlo” (como lo “hacen” los adolescentes y los zafios) sino hacerlo bien, eróticamente, con *detenimiento* y pericia. No cabe duda, todos podemos fornicar; no todos, en cambio, sabemos hacerlo bien. Todos sentimos que podríamos, dado el caso, escribir aforismos o minificciones sin problema alguno; no todos lo conseguiríamos. El desempeño de una escritura breve es proporcional al desempeño erótico-sexual de su autor. Escribir microtextos contundentes depende de un considerable *sex appeal*. Escribir buenos aforismos o cuentos breves significa *saber* bien-excitar a alguien; echarlo a andar; poner en marcha —mediante la práctica congruente de ciertos preceptos: mediante el *oficio* de pensar o de contar— el deseo del lector hasta volverlo irreversible: dejarlo ir, permitirle fugarse en líquido. Si a mí, como lector, me gusta un microtexto es porque ha conseguido “eyectarme”, porque ha suscitado en mí —a partir de una forma de trabajo *aforística* o *cuentística* que logra engendrar otra forma de trabajo *erótica*— un procedimiento eyaculatorio que se encamina al éxito. He aquí, pues, uno de tantos amalgamamientos entre lo difícil y lo placentero. Cuando leo un microtexto sin gracia, sin encanto, que ha sacrificado por quién sabe qué cosa la guarnición de agudeza

que le corresponde a todo lo breve; cuando termino por enumerar unas cuantas palabras quizá bien acomodadas pero sin chiste; cuando acabo por masticar frases ramplonas, rústicas, no puedo evitar pensar en un autor estéril, con el miembro marchito o purulento, o en una autora con los senos desahuciados, tristes, llena de arrugas que ya no representan la sapiencia amorosa sino el franco declive.

Me parece ridículo (y miserable) quien piense que escribir un microtexto es cosa fácil, algo sencillo, pues creería también que copular es un asunto elemental. Desde siempre, el aforismo y la minificción han sido placeres complejos. Así como uno no va por la vida sumando orgasmos sino puliéndolos, refinándolos, construyéndolos, trabajándolos, de igual manera uno no va por ahí leyendo o escribiendo microtextos (parémicos o de ficción) por el simple hecho de que parece ser una tarea superficial o nimia. El microtexto es de quien pone en él su máximo empeño. El microtexto es de quien lo labra con paciencia, ya que implica, para el autor, un *verse bien con poco* y, para el lector, un quedarse adherido desde la vista a un “bikini” que, sin descubrirlo todo, enseña “lo necesario”. Pero una escritura-bikini no sirve de nada si no remedia, a su vez, la frigidez, la anorgasmia, la disfunción eréctil o la eyaculación precoz del lector. La gran explosión del microtexto debe ir precedida por y ser consecuencia de una serie de implosiones miniatura anticipadoras del clímax. En el fondo, la escritura, cuando breve, contiene la desalineación total de la línea, su liberación.

El autor de microtextos parémicos o de ficción debe ser un seductor que, como todo seductor, la mayoría de las veces lleva las de perder. El lector, en cambio, es el objetivo de los poderes de seducción del autor: la seducción en potencia. El primero, digo, tiene muchas más posibilidades de fracasar, tal y como se fracasa, por ejemplo, el 95% de las veces en las que se intenta abordar a una mujer desconocida. El segundo, por el contrario, se entrega con regularidad a la indiferencia, ni nociva ni reparadora, como cuando, en una noche de fiesta, la mujer que nos interesa se va sin despedirse, sin buscarnos entre la muchedumbre, sin aprenderse siquiera nuestro nombre. Llamo “frase” a todo aquello que linda con la frustración del fracaso y con el suplicio de la indiferencia. Las frases son

cuerpos glaciales, zonas de hielo que ahorcan los ímpetus amorios, icebergs que desorientan a los erotómanos. La frase es la copia defectuosa del microtexto: un microtexto malogrado. Un libro de frases no le aporta nada a la cultura ecuménica desde el momento en que está construido con desechos humanos, con excrescencias pestilentes que neutralizan las feromonas del apetito carnal. Todo libro de frases es la representación exacta de una sociedad asexualada.

Para que el fracaso y la indiferencia no se hagan presentes, el microtexto tiene que sorprender, atraer y descargar. Estos tres momentos: la invocación de la sorpresa, el ardid de la atracción y la consecución descargante del deseo, son los que, al superar la materia, graban la obra en el lector haciéndolo llegar a la cresta del deseo. O sea: que en el idilio de la lectura que desalinea-la-línea la extensión pasa a un segundo plano, se excluye por insignificante. Si la duda persiste no hace falta más que trasladar la experiencia literaria de la lectura desalineante al terreno de la experiencia sexual genital: si el otro cuerpo se acopla bien a nosotros, si se con-mueve y nos con-mueve, poco importa su complejidad: si es gordo o flaco, grande o pequeño, ancho o estrecho. Así también, si el microtexto logra levantar la línea y provocar la explosión del lector es porque, sin importar su pequeñez, está cargado de una serie de energías orgiásticas que lo pueden conducir a una satisfacción enorme (¡*Le grand finale!*). En el ámbito de la escritura brevísima los extremos se tocan: Microtexto-Macrosexo.

---

<sup>1</sup> (Ecatepec, Estado de México, 1980). Es escritor. Estudió la licenciatura y la maestría en filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Parte de su trabajo ha sido incluido en las revistas *Este País*, *Punto de Partida*, *Alforja*, *Luvina*, *Metapolítica* y *Casa del Tiempo*, así como en las antologías de ensayo: *El hacha puesta en la raíz* (México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2006), *Contra México lindo* (México, Tumbona Ediciones, 2008) y *La conciencia imprescindible* (México, Fondo Editorial Tierra Adentro, 2009). Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas, de los programas Jóvenes Creadores e Intercambio de Residencias Artísticas México-Argentina del FONCA y del Programa de Estímulos a la Creación Artística del FOCAEM.